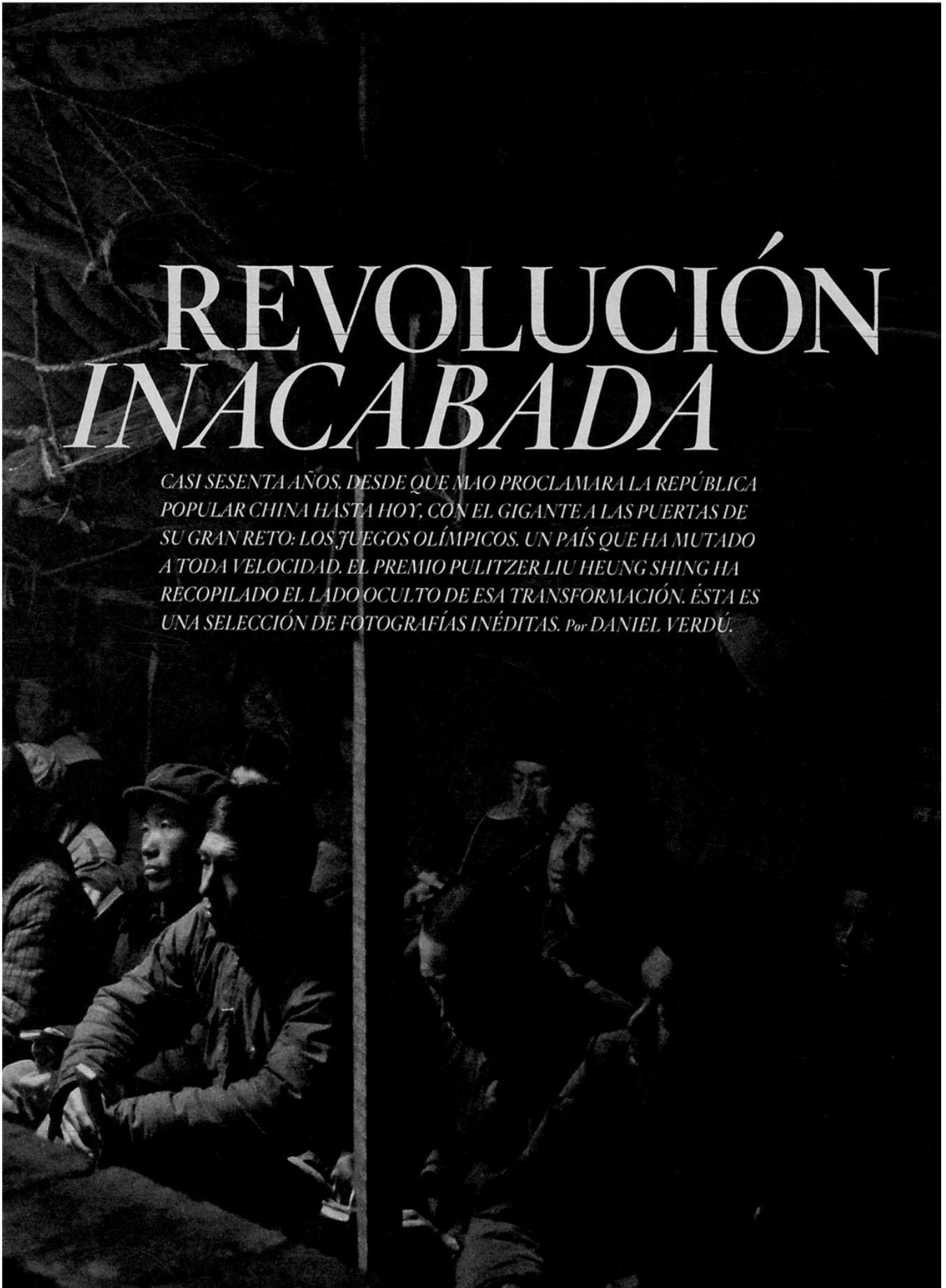


# REVOLUCIÓN INACABADA

*CASI SESENTA AÑOS, DESDE QUE MAO PROCLAMARA LA REPÚBLICA POPULAR CHINA HASTA HOY, CON EL GIGANTE A LAS PUERTAS DE SU GRAN RETO: LOS JUEGOS OLÍMPICOS. UN PAÍS QUE HA MUTADO A TODA VELOCIDAD. EL PREMIO PULITZER LIU HEUNG SHING HA RECOPILOADO EL LADO OCULTO DE ESA TRANSFORMACIÓN. ÉSTA ES UNA SELECCIÓN DE FOTOGRAFÍAS INÉDITAS. Por DANIEL VERDÚ.*





**HERMANO EMPERADOR.**  
Pu Jie, hermano del último emperador, retratado por Liu Heung Shing en 1980 ante la que fue su casa antes de que Mao instaurara la República Popular China. Una andadura plagada de persecuciones políticas, como la Revolución Cultural, apoyada activamente por la mujer de Mao, Jiang Ping (a la izquierda). Arriba, represaliados del régimen.

Cuando Liu Heung Shing se fue a conocer al hermano del último emperador de la dinastía Qing el día de su cumpleaños, su anfitrión le dio un paseo por su casa y le enseñó decenas de recuerdos: figuras de porcelana, medallas, regalos del Kaiser de Alemania... Dieron incluso una vuelta por el jardín trasero de su vivienda en Pekín. Pero a Liu, que en esos días trabajaba en la idea de una historia fotográfica de la China surgida después de Mao, le faltaba algo. Así que pidió a quien podría haber sido dueño y señor de un país de 1.300 millones de habitantes que le enseñara su verdadera casa. La siguiente vez se citaron en la Ciudad Prohibida, la que fue morada de emperadores chinos hasta que Mao proclamó la República Popular y encarceló al hermano del ahora improvisado guía turístico.

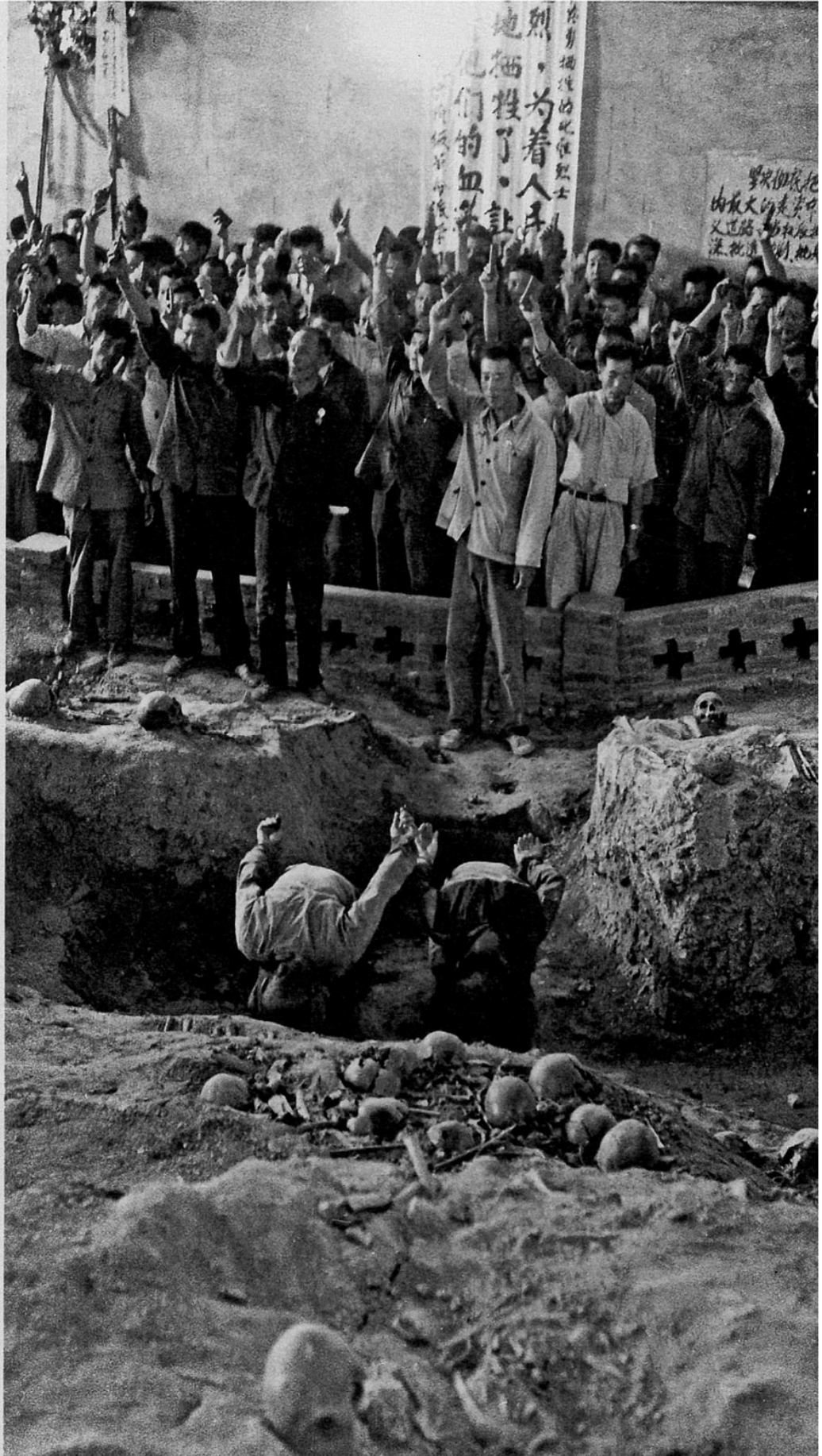
Ese retrato, un primer plano de quien pudo ser emperador ante su antiguo domicilio, convertido hoy en gigante museo, pertenece a los últimos días de una historia de 60 años. Un compendio que durante un lustro >

## UN LUSTRO LE LLEVÓ ENSAMBLAR LA ANTOLOGÍA DEL CAMBIO EN CHINA

Fotografía de Jiang Shaowei, 1967 | Liu Heung Shing, 1980 y 1996 | Zao Qunying, 1970 | Du Xu Xian, 1974

**CARGOS Y CONDENADOS.**

El mariscal Ye Jianying fue una pieza clave en la detención y el encarcelamiento de la Banda de los Cuatro tras la muerte de Mao, entre los que estaba su propia mujer. Tres años antes, en 1973, se relajaba de esta guisa en una playa en la provincia de Hainan. A la derecha, dos disidentes chinos en 1968 son obligados a permanecer agachados en una fosa. Rodeados de calaveras y de muerte, un grupo de fieles a la República levanta el Libro Rojo de Mao y corea consignas a favor del líder chino.



Fotografía de Du Xiu Xian, 1973 | Jiang Shaowu, 1968



> ha ensamblado el premio Pulitzer de fotografía Liu Heung Shing (58 años) en el libro *China, retrato de un país* (Taschen), que es, en suma, un ensayo sobre la velocidad. Una antología sobre los vertiginosos cambios y las urgencias sufridas por el país más grande del mundo en sólo seis décadas. Desde 1949, cuando Mao Zedong proclamó la República Popular China, hasta los mismos bordes del día que empieza hoy. Quizá incluso hasta un límite imaginario marcado en el próximo mes de agosto, cuando Pekín celebrará los Juegos Olímpicos y enseñará al mundo en lo que se ha convertido China.

“**ESA VELOCIDAD** es la que configura la reciente historia de China”, señala Liu sentado en el *hall* de un lujoso hotel de Pekín en el mes de abril. Menudo, silencioso, elegante. Gafas de pasta y gabardina. Sorbe un poco de *gin-tonic* y mastica unos cacahuets entre cada exposición. Traga sin prisa. Fuera, al otro lado de las fronteras de China, la comunidad internacional se pregunta si Pekín será capaz de organizar unos Juegos, si el trato que dispensa al Tíbet, donde esos días se produce una revuelta reprimida por los chinos de forma sangrienta, está a la altura del país moderno que quiere ser, que le exigen que sea. Liu señala las gigantes columnas de mármol del hotel, el piano, el Mac donde muestra el PDF de su libro todavía por terminar. “Todo esto era impensable hace unos años. Nunca se vieron tantos cambios en ningún otro sitio. Ni siquiera en el sureste de Asia, donde todo ha sido mucho más gradual. >

**DISCURSOS Y ESCARNIO.**

Mao observa cómo su lugarteniente Lin Biao retoca su discurso del 15 de septiembre de 1966. Arriba y abajo, imágenes del fotógrafo comunista Jiang Shaowu: ‘graffittis’ que ensalzan a Mao y un obrero que escarmienta a un político chino durante la Revolución Cultural. “Yu Ping, compañero de ruta de los reaccionarios capitalistas”, reza el cartel que le obligan a colgarse. Al lado, un niño de los noventa, por Liu Heung.



Fotografía de Xiao Zhuang, 1950 | Meng Zhaouri, 1966 | Jiang Shaowu, 1966 y 1967 | Liu Heung Shing, 1966

> Este ritmo puede durar 10 o 15 años más. Pero esto ya es irreversible”.

Cuando el Comité Olímpico Internacional decidió que Pekín iba a celebrar los Juegos Olímpicos de 2008 la gente se lanzó a la calle. Tiananmen, escenario no tantos años antes de una masacre contra el pueblo, era ahora una fiesta popular. Pero Liu pensó que el mundo no iba a entender tan fácilmente de dónde venía la China moderna. “Fíjese”, dice mostrando una fotografía del impresionante skyline de Shanghai. Manhattan a la velocidad de la luz. “Hace sólo 20 años era un campo vacío. Un desierto. La gente no puede entender esto fácilmente. No existía una historia visual de este país”. Un espejo en el que incluso los propios chinos pudieran mirarse. Y así comenzó el proyecto.

Visitó a 200 fotógrafos. Rebuscó en cientos de archivos, incluso de los reporteros personales de Mao y de su mujer. Cotejó miles de negativos desechados que dibujaban un país oculto. Por la censura o por la gris manera de editar la realidad de unos fotógrafos que, en muchos casos, eran hombres y mujeres ideológicamente blandos desmovilizados del ejército, no fuera que les diera por improvisar y dar una visión personal del país. Pero Liu defiende a sus compañeros. “Muchas de las fotos no eran propaganda, eran las que el autor había querido hacer, pero el periódico no las publicaba y quedaban olvidadas en los contactos. Es irónico, pero en Europa o América hubieran sido portada de los periódicos. Aquí era impensable”. Su libro, *China, retrato de un país*, muestra las costuras de esa China nunca vista.

**LA PARTE MÁS DURA**, explica el ex corresponsal de *Time* y *Life*, fue encontrar algunas de las instantáneas y convencer a sus autores para mostrarlas. “Muchas eran demasiado personales o ellos no veían la tesis de la fotografía. He tenido que ir a visitar al mismo fotógrafo muchas veces. Me pasó con Jiang Shaowu. Tiene 82 años y es un viejo comunista. Él piensa que la Revolución Cultural fue positiva para el país, pero, por otro lado, cree que muchas de las fotos que hizo son humillantes para los chinos. Estuve visitándole dos años, hasta que le convencí”.

La Revolución Cultural fue la ofensiva de Mao en los años sesenta, apoyada activamente por su mujer, ex actriz de teatro autoerigida luego en pieza fundamental de la agenda política del régimen, para recuperar un exiguo poder. Un ataque, esta vez, contra la clase intelectual y dirigente del país. Que aquel “viejo comunista” que Liu entrevistó pensara que sus fotos podían ser “humillantes” no hacía más que reconciliarle con la condición humana. Los retratos de Jiang son tremendos. Disidentes chinos después de la

Revolución sometidos a escarnio público, ataviados de forma ridícula con cucuruchos en la cabeza y obligados a sujetar enormes carteles con su nombre tachado en rojo e inscripciones en las que se denunciaban a sí mismos: “Soy el capitalista número uno del noreste de China”. La inquisición.

**EN ESA ÉPOCA**, LIU era todavía un adolescente que prefería los pinceles a la cámara. Hijo de una familia acomodada, nació en Hong Kong en 1951, tres años después de la proclamación de la República Popular China. Ha vivido en Estados Unidos, India y Rusia. Ha cubierto para revistas y agencias internacionales la caída de Unión Soviética

## “EL OBRERO, LA VENDEDORA, EL EJECUTIVO... AQUÍ TODOS QUIEREN ALGO NUEVO”

o la guerra de Corea. Pero hoy, pese a tener la oportunidad de trabajar en cualquier sitio del mundo, ha decidido instalarse en Pekín. Y no tiene ninguna duda de que es donde hay que estar. “Mire, yo todavía soy periodista. Y no podría vivir en ningún otro lugar donde encontrar tanta energía como aquí. Los franceses no quieren cambios, los americanos tampoco. Ni siquiera los estudiantes en otras partes del mundo quieren cambiar. En ningún otro sitio está sucediendo esto. Aquí, el obrero, la vendedora de verdura, el estudiante, el hombre de negocios... todos quieren algo nuevo. Es una energía invisible increíble”. Una revolución permanente.

La parte tangible o descriptible de esa energía puede medirse en cifras. Un crecimiento anual del PIB, de media, desde hace 20 años, del 10%. El país más poblado del mundo despertó y tenía hambre. Y hoy casi todo lo que pasa en las antípodas es consecuencia de las urgencias de China. El precio del petróleo, el de los alimentos, la tecnología, el cambio climático... Todos los indicadores que revelan el ADN del gigante son brutales. Ésa es parte de la energía que irradia el lugar de donde Liu y su cámara no piensan moverse ni a tiros. Una burbuja que reventará, pero que por ahora no tiene límite.

Una de las primeras fotos del libro muestra un instante de 1970 cuando el Gobierno de Mao mandó a más de un millón de intelectuales y trabajadores a reparar el Gran Canal. Una construcción milenaria construida para transportar agua desde Pekín hasta Hangzhou y que cada cien años tiene que revisarse. En la instantánea, de Tang Desheng, miles de personas trabajan con pico y pala en la infraestructura. “Mao solía

echar mano de la fábula de que el país era como aquel viejo loco que podía mover montañas solo. Así empujaba a la gente a trabajar. Esto es China. Todo se hace manualmente”.

Hoy, a pocos metros del hotel donde se realiza la entrevista, el arquitecto holandés Rem Koolhaas termina el nuevo edificio de la televisión pública china (CCTV), un canal que no quiso emitir la serie *Friends* porque contenía demasiadas referencias sexuales. Un ejemplo del desarrollo y de la potencia económica del país, por fuera, y una muestra de la censura y la falta de transparencia que todavía lastra a los medios de comunicación, por dentro. “Antes de irse, pase 10

minutos por la librería. Imagínese la cantidad de información que hay, es increíble. Pero nunca es de carácter político. Es estrategia. Dicen que se necesita reforma política, pero ellos contestan

que la economía no está ahí todavía”.

Y, en parte, probablemente sea cierto. El trabajo manual, el donde estén 10 obreros que se quite la máquina, es la esencia de esa perseverancia china, de ese empuje sin recompensa. Liu lo descubrió, con matices, en su etapa como corresponsal. “En la Unión Soviética encontré a chinos trabajando en campos rusos. ‘Plantamos a mano, mejor que los tractores rusos’, me dijeron. Luego, en India me di cuenta de lo pobre que es China. La poca tierra que tenemos para plantar y la cantidad de gente que hay que alimentar. Entendí por qué los chinos son tan pragmáticos. Porque es verdad que son durísimos trabajadores. Pero no lo serían si su nación les hubiera dado lo mismo que al resto del mundo. En Europa tienes mares, ríos, campos... Pero China es un gran desierto de rocas”.

**PERO ESE ESFUERZO** por el cambio, la velocidad imprimida en el desarrollo de sus vidas no han fortalecido la autoestima del país. “Los chinos creen que todavía no gustan a Occidente. Sienten que aprendieron de ellos, que hicieron las reformas económicas y sociales que pedían. Pero que siguen sin gustar”. El mundo ha mirado con lupa a China en los últimos años, y el interés brutal que ha despertado se ha transformado en una insoportable presión. La psicología del gigante se resiente. “China necesita una reafirmación, y no hablo de confianza arrogante y nacionalista. Me refiero a confianza en ella misma. Y eso es lo que creo que obtendrá de los Juegos Olímpicos”. ●

*‘China, retrato de un país’, de Liu Heung Shing, editorial Taschen (www.taschen.com).*